

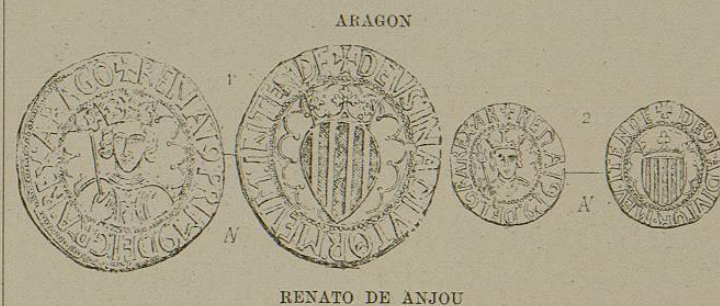
su hijo don Fernando lugarteniente general del reino antes de los catorce años, solo para que pudiera autorizar lo que se ordenara en las cortes de Zaragoza que tenia convocadas. En la rendición de Lérida, que le había costado los trabajos y dispendios de un sitio, usó el rey con mucha clemencia de la victoria, confirmó los privilegios de la ciudad, y trató con mucha consideración á los habitantes á quienes el hambre tenia extenuados. En lo general usaba de generosidad con los que se le sometían. Habiéndose reducido á su obediencia Juan de Beaumont, prior de Navarra, en Villafranca del Panadés con sus compañías de gente de armas, recibió á merced al prior y á todos sus parientes y servidores navarros, catalanes, aragoneses y castellanos que habían seguido al príncipe de Viana y hecho armas contra el rey y la reina. Algo mas severo con don Jaime de Aragon, que se había rebelado contra el rey en su baronía de Arenos, vencido que le hubo don Juan y apoderándose de su baronía, mandó encerrarle en el castillo de Játiva y allí estuvo hasta que murió. Un tratado de concordia que se asentó con el rey don Juan, el conde y la condesa de Foix, y los jefes y caudillos de los biamonteses, en que se acordó restituir á estos sus castillos, villas y patrimonios, juntamente con un indulto general para todos lo que habían seguido la parte del príncipe don Carlos y de doña Blanca, dejó al monarca aragonés libre y desembarazado por la parte de Navarra, y en aptitud de atender con mas desahogo á la guerra de Cataluña.

Hacíala con actividad en su nombre el arzobispo de Zaragoza su hijo bastardo, y tambien el infante don Fernando, niño de trece años entonces, ensayaba con fruto sus primeras armas en esta lucha contra los catalanes rebeldes á su padre. Iba el joven príncipe en socorro del conde de Prades que sitiaba á Cervera, cuando se halló en un lugar llamado Prados del Rey con don Pedro de Portugal que se decia rey de Aragon, y sus compañías de catalanes, navarros y castellanos, y algunos auxiliares borgoñeses. Trabajó allí la pelea (febrero, 1465), y despues de haber combatido el de Portugal con desesperado esfuerzo, vencidas y destrozadas sus tropas por las del joven infante de Aragon y del conde de Prades, huyó aquel á favor de la oscuridad de la noche, quedando muchos prisioneros en poder de los aragoneses. Desde este suceso se notó al condestable de Portugal melancólico y desanimado. Pedia y esperaba socorros del rey de Portugal su primo, pero este soberano cuidaba poco de favorecer á quien sin su auencia ni conocimiento se había venido á Cataluña dejándole comprometido en la guerra de África. Entre tanto la causa de los catalanes disidentes iba de caída. Práctico, experimentado y político don Juan de Aragon y de Navarra, sin precipitarse, sin comprometer grandes batallas, iba poco á poco combatiendo y ganando ciudades y asegurando el terreno que conquistaba. El castillo de Amposta se le rindió al cabo de ocho meses de asedio (21 de junio, 1466). Parecía que todo el Principado estaba próximo á caer bajo el dominio de su antiguo y legítimo rey, cuando acometió á don Pedro de Portugal una grave enfermedad de que sucumbió á los pocos días (29 de junio). Túvose por muy cierto, dice el historiador aragonés, que le fueron dadas yerbas (1). Este príncipe, á quien nada sucedió prósperamente desde que arribó á Cataluña, nombraba en su testamento heredero de unos reinos que él no había poseído al príncipe don Juan su sobrino, primogénito del rey don Alfonso de Portugal. Despues del fallecimiento del portugués rindióse á don Juan de Aragon la importante plaza y castillo de Tortosa (15 de julio), mientras su yerno el conde de Foix se apoderaba de Calahorra, se enseñoreaba de la mayor parte de Navarra, y ponía cerco sobre Alfaro.

Aunque las cosas marchaban con tanta prosperidad para el rey de Aragon, todavía tuvo la política de mover tratos con los insurrectos catalanes. Pero estos, tan tenaces y duros en la adversa como en la próspera fortuna, no solo desecharon

(1) Zurita, Anal. I. XVIII, c. 7.—La Clede (Hist. general de Portugal) dice haber sido envenenado luego que llegó á Cataluña, mas no parece compatible la lentitud con que en tal caso debió obrar el tósigo con lo agudo y rápido de la enfermedad.—Castillo, Crón. de Enrique IV, páginas 43 á 51.—Faria y Sousa, Europa portuguesa, tom. II.

altivamente las proposiciones, sino que habiéndose atrevido dos ciudadanos principales de Barcelona á hablar de transacción, fueron públicamente decapitados por orden del consejo de la ciudad. Negóse la entrada á los embajadores que con el propio objeto enviaban las cortes de Zaragoza, y dióse orden para que se rasgaran en su presencia los pliegos que llevaban. En su furor de resistencia, y dispuestos los catalanes á darse otro cualquier rey que no fuese el suyo propio contra quien una vez se habían rebelado, brindaron con la corona á Renato el Bueno, duque de Anjou, antiguo pretendiente al reino de Nápoles, y hermano de Luis de Anjou, uno de los competidores al trono de Aragon en la vacante del rey don Martin, y de los desechados en el Compromiso de Caspe. El odio inveterado de la casa de Anjou á la de Aragon, la presuncion de que apoyaría á Renato el rey de Francia su primo, la proximidad



de la Provenza, país enteramente devoto del de Anjou, la circunstancia de tener este un hijo que pasaba por el mejor caballero de su tiempo, Juan duque de Lorena, el interés que el de Francia tenia en hacer suyos los condados de Rosellon y Cerdaña, la proveceta edad del rey de Aragon, que además iba perdiendo la vista de día en día, la conducta de su hija y yerno la condesa y conde de Foix, que amenazaban hacerse dueños del reino y corona de Navarra sin esperar á la muerte de su padre, todo hacia augurar que el anciano rey de Aragon y de Navarra, agobiado con los trabajos de tan largas guerras y desprovisto de aliados, no podría sostener la lid contra tantos y tan poderosos enemigos como se preparaban á venir de refresco en favor de los insurrectos catalanes.

Y sin embargo, este monarca de setenta años y ciego se preparó á hacer rostro á todo con la actividad de un joven sano y robusto. Primeramente procuró confederarse con todos los enemigos de la casa de Anjou, los reyes de Inglaterra y de Nápoles, y los duques de Saboya y de Milan, y escribió tambien al papa demostrándole la injusticia y las causas de la rebelion de los catalanes y de la nueva conjuración de que se veía amenazado. Las cortes de Aragon le votaron un subsidio de mil hombres de armas pagados por cuenta del reino, oportuno refuerzo en el estado miserable á que las guerras tenían reducido su tesoro. El duque Juan de Lorena, jefe natural, por su edad, su valor y su fama, del ejército con que su padre se preparaba á entrar en Cataluña, reuniendo todos los aventureros franceses é italianos que tanto abundaban en aquella época, avanzaba hácia los Pirineos con un cuerpo de ocho mil hombres ansiosos de pillaje y de rapiña, y protegido no muy disimuladamente por Luis XI de Francia, que le franqueaba el paso por las montañas del Rosellon. Traspuesto sin obstáculo el Pirineo, hizo el de Lorena su entrada en Barcelona (31 de agosto, 1467), donde recibió el juramento de fidelidad de sus nuevos súbditos en nombre de su padre, y como lugarteniente general suyo.

En esta ocasion dió la reina de Aragon doña Juana Enriquez una insigne prueba de su ánimo varonil, y de su intrepidez y resolucion heróica. Con las fuerzas que pudo reunir se dirigió por mar á la costa de Levante, y puso sitio á la importante plaza de Rosas, conteniendo por aquella parte al enemigo, y tomándole varias poblaciones. El duque de Lorena fué á cercar á Gerona, y allí se encaminó tambien la reina, juntamente con el joven infante don Fernando su hijo, que obligaron al de Anjou á levantar el cerco. De este modo la actividad y decision de una esposa enérgica y de un hijo tierno suplián la imposibilidad en que su ceguera y sus achaques tenían entonces al rey don Juan. Poco faltó para que costara

caro al príncipe Fernando su temprano ardor bélico: en un combate que sostuvo cerca de Demat, y en el cual fué vencido, estuvo en gran riesgo su persona, y hubiera caído infelizmente en poder de sus enemigos, si generosamente no se hubieran interpuesto sus oficiales entre él y sus perseguidores. Al saber esto el rey don Juan, privado de la vista como estaba, se hizo conducir por mar á la costa de Ampurias donde su hijo se había refugiado. El estado del rey y la crudeza de la estacion no le permitieron por entonces progresar en la campaña, y mas habiendo acudido el conde de Armañac con gente de Francia á reforzar al de Lorena, que con su auxilio fué dominando el Ampurdan. Gozaba el de Lorena de gran prestigio en la capital del Principado; celebrábase con entusiasmo sus prendas personales; agolpábase las gentes á verle y admirarle cuando salia en público, detenían su caballo y le abrazaban, y hasta las señoras se desprendían con gusto de sus joyas para contribuir á los gastos de aquella guerra.

Sufrió á poco tiempo de esto el rey don Juan una pérdida que parecía para él irreparable. Habiendo venido su hijo el infante don Fernando á Zaragoza á continuar las cortes por indisposicion de su madre, falleció la reina doña Juana en esta ciudad despues de una enfermedad dolorosa (13 de febrero de 1468). Aparte de la injusta y dura persecucion y de las desgracias que esta reina había ocasionado al príncipe de Viana su entenido, y que fueron principio de los males sucesivos, al propio tiempo que dejaron una mancha indeleble en su reputacion, fué la reina doña Juana Enriquez mujer de gran genio para los negocios políticos, astuta, sagaz y resuelta, de ánimo esforzado, apta para los manejos diplomáticos y hasta para las combinaciones de la guerra, que mas de una vez hizo en persona, y compartió con su esposo todas las fatigas, contradicciones y penalidades. Por lo mismo, faltando ella, parecia faltar al rey todo su consuelo y apoyo, y mas en la situacion que este se hallaba (1). Pero en compensacion de este infortunio le envió el cielo el mas señalado favor que hubiera podido desear, y que debía ser para él de tanto precio como la vida misma, tanto mas cuanto que no pensaba recibirle. El rey don Juan recobró como por milagro la vista. Hallándose en Lérida, un médico hebreo le persuadió á que se dejara operar un ojo asegurándole que le restituiria la vista. El rey se sometió á la operacion, la cual surtió el feliz resultado que el médico le había prometido. Lleno de alegría el rey, rogó ya al hebreo que ejecutara lo mismo en el otro ojo: rehusábase el judío, diciendo que los astros presentaban mal aspecto, y que no se debía tentar á Dios; en lo cual no hacia sino seguir la costumbre de los médicos árabes de dar importancia á la ciencia encubriéndola bajo los misterios de la astrología. Pero instado por el monarca, batió la catarata del otro ojo con tanta felicidad como la del primero; operacion admirable, y resultado prodigioso, atendido el estado de la ciencia en aquel tiempo (2). Recuperada la vista, recobró tambien el rey de Aragon su natural y ordinaria actividad, y dispúsose á continuar enérgicamente la campaña.

Habia en tanto el de Lorena traído nuevos refuerzos de Francia, con los cuales logró apoderarse de la interesante y disputada plaza de Gerona, sin que bastaran á impedirlo ni el príncipe don Fernando, ni don Alfonso de Aragon, ni el Castellán de Amposta, ni el conde de Prades, ni los socorros que el rey procuraba enviar desde Zaragoza. Tomaron, sí, aquellos caudillos algunas plazas del Principado, pero el duque de Lorena campaba en casi todo el Ampurdan. Apurado se hallaba el rey de Aragon, sin dinero ni recursos, contando apenas en sus arcas trescientos enriques para pagar sus tropas, discurriendo cómo podría proporcionarse algun empréstito, y en próximo peligro de perder todo el Principado, cuando en tan desesperada situacion vino otro suceso feliz á descubrirle un horizonte risueño, al menos para lo futuro, á saber, el ansiado

matrimonio que acabó de concertarse entre el príncipe don Fernando su hijo, á quien había hecho ya rey de Sicilia y co-reinante suyo en Aragon, con la infanta doña Isabel, hermana del rey de Castilla, declarada ya tambien heredera de este reino (1469): matrimonio providencial, que había de traer la union feliz de las dos coronas, y que si al pronto privaba al rey don Juan del auxilio personal de su hijo para la sujecion de los rebeldes de Cataluña, le deparaba para el porvenir los recursos de una monarquía poderosa (3).

No solamente lo de Cataluña daba que hacer al viejo monarca aragonés sino que por la parte de Navarra su mismo yerno el conde de Foix, ya como declarado enemigo de su sugro, se apoderaba de aquel Estado, tambien con gente de Francia y con los biamonteses del país, y ponía cerco á Tudela. Tan á riesgo estaba de perderse la Navarra, que tuvo don Juan que acudir al fuego que por allí ardia, aun á costa de desatender lo de Cataluña; la llegada del rey obligó al de Foix á levantar el cerco, y trataron por medio de embajadores de poner asiento á sus diferencias, así como á las parcialidades de biamonteses y agramonteses que tenían aquel reino en perdicion. En tal estado, y ocupado el rey en las cosas de Navarra, como si la suerte ó la Providencia se encargaran de indemnizar á aquel anciano monarca de cada infortunio que le sucedia con algun acontecimiento próspero, y de irle liberando poco á poco de sus enemigos, llególe la nueva de que una enfermedad aguda había arrebatado en pocos días en Barcelona á su mas terrible adversario el duque de Lorena (diciembre, 1469). Acontecimiento fué este que dejó á los catalanes sumidos en la mayor consternacion, y como habían amado á aquel jefe con delirio, hicieronle exequias reales, pasearon por las calles en procesion solemne su cadáver suntuosamente vestido, con la espada de triunfo al lado, y enterraronle despues en el panteon de los soberanos de Cataluña en medio de públicas demostraciones de dolor (4).

Desconcertó á los catalanes la muerte del de Lorena. El duque de Anjou, padre de aquel príncipe, era demasiado anciano, y sus nietos demasiado niños para poder prestar eficaz ayuda á los del Principado y para poder conquistar una corona con la punta de la espada. Temian por otra parte que el rey de Francia tomara demasiada mano en los negocios de Cataluña. En tal conflicto los hombres mas sensatos opinaban por reducirse á la obediencia del rey de Aragon, que de buena gana les hubiera perdonado á todos á trueque de acabar con tantas guerras; pero el consejo de la ciudad, llevando su obstinacion al mayor extremo posible, prefirió dar al hijo del de Lorena, llamado Juan, niño de pocos años, el titulo de primogénito del reino de Aragon (1470). Entonces el rey don Juan, para poder atender á lo de Cataluña, celebró un pacto de avenencia con los condes de Foix, por el cual quedó acordado y convenido que los navarros obedecerian á don Juan como á su legítimo soberano durante su vida, que á su muerte reconocerian por sus verdaderos reyes á la princesa doña Leonor y al conde de Foix su marido, y que estos desempeñarían en su ausencia la lugartenencia general del reino. Con esto emprendió activamente la campaña de Cataluña. Gerona se rindió á las armas aragonesas: imitaronla otras ciudades del Principado: el rey peleaba en el Ampurdan contra los franceses con la energía de un joven, mientras sus caudillos tenían en respeto á Barcelona: entregósele Rosas tambien, y en Perelada aventuró tanto su persona, que cargando en su real los enemigos de rebato, tuvo que retirarse á Figueras sin sombrero y casi desnudo; mas á pesar de su edad proveceta, sufría todos los riesgos, fatigas y trabajos de la campaña con tanta impasibilidad como si estuviese en el vigor de su juventud (1471).

(3) De las circunstancias de este matrimonio y de todo lo perteneciente á esta célebre y dichosa union hablaremos mas largamente en el reinado de Enrique IV de Castilla.

(4) De estos testimonios de la adhesion y amor de los barceloneses al duque de Lorena, certifican casi todos los escritores de aquel tiempo. Sin embargo Zurita, que como aragonés, no disimula su interés por la causa del rey de Aragon, parece que trata de negar ó encubrir aquel afecto, diciendo: «hizose poca demostracion de su muerte, y no fué mas que si hubiera muerto algun caballero estimado, siendo príncipe de tanta calidad.» Anal. lib. XVIII, c. 33.

(1) Aleson, Anal. de Navarra, t. IV, pág. 600.—Zurita, Anal. de Aragon, lib. XVIII, c. 15.—Marineo, Cosas memorables, f. 143.—Alonso de Palencia, Crón. part. II, c. 88.—Villeneuve-Bargemont. Hist. du Roi René, tom. II.

(2) Alonso de Palencia, ubi sup.—Lucio Marineo, Cosas memor., folio 141.

Reducido todo el Ampurdan y toda la parte de Levante, apenas quedaba á los rebeldes en todo el Principado sino la ciudad de Barcelona, defendida por sus naturales, y por los franceses que habia enviado allí el viejo Renato de Anjou. Determinó pues el rey don Juan poner cerco á aquella capital por mar y por tierra. Bernardo de Vilamarin mandaba las veinte galeras y las diez y seis naves gruesas que constituían el bloqueo por la parte del mar. Hizo cuanto pudo el duque Renato por socorrer á los sitiados con una armada genovesa, pero los de Aragon supieron inutilizar aquel socorro. En una salida que los habitantes hicieron con mas vigor que concierto, tuvieron la mala suerte de dejar en el campo hasta cuatro mil hombres entre muertos y prisioneros, lo cual proporcionó al rey don Juan el poder estrechar mas la ciudad rebelde colocando las tropas al pié de sus muros. Quería el rey evitar la triste necesidad y los consiguientes horrores de entrar por asalto aquella ciudad opulenta y desgraciada; pero la obstinación de los barceloneses era tal, que se negaron ciegamente á admitir toda propuesta de transacción. El cardenal Rodrigo de Borja, legado del papa, y enviado para mediar como conciliador entre los barceloneses y el rey, no fué admitido por los de la ciudad, y hubo de volverse sin haber podido obtener audiencia. Embajadores del duque de Borgoña que habian venido á renovar alianzas con el rey de Aragon, quisieron tambien intervenir y mediar amistosamente con los catalanes, y recibieron la propia repulsa que el legado apostólico. El mismo rey don Juan determinó tentar el último esfuerzo para vencer tan temeraria obstinación, y desde el monasterio de Pedralbes les escribió una carta llena de templanza y benignidad, en que despues de representarles los males que su tenacidad habia causado al Principado y estaba causando á la poblacion, les exhortaba, requeria y suplicaba por Dios que volvieran á él como á un padre que los aguardaba y recibiría con el corazón y los brazos abiertos, prometiéndoles bajo su real palabra é invocando por testigo á Nuestro Señor Dios, que se olvidaría de todas las cosas pasadas; pero advirtiéndoles tambien, que si se obstinaban en desoír sus amonestaciones y en menospreciar sus paternales ofrecimientos, no descansaría hasta sojuzgar la ciudad, y usaría de todo el rigor que fuese necesario (1).

Un respetable religioso, el P. Gaspar, fué el que intercediendo entre el rey y sus súbditos acabó de vencer la dura obstinación de los barceloneses, y por su conducto fueron presentadas al rey las proposiciones y condiciones con que se allanaban á someterse; condiciones que en verdad mas parecían de vencedores que de vencidos. Pedían, pues, que se otorgase general perdon de todo lo pasado; que ni el rey, ni el príncipe, ni sus sucesores y oficiales pudiesen hacer pesquisa, ni proceder civil ni criminalmente, ni intentar demanda ni acusación general ni particular sobre cuanto habian hecho y obrado desde la prision del príncipe de Viana; que el duque Juan de Calabria, hijo del de Lorena, y demás capitanes extranjeros podrian salir libremente y con seguridad, por mar ó por tierra, con sus armas y bienes; que el rey jurase guardar los usajes de Barcelona, sus constituciones, privilegios y libertades; y finalmente, que declararía y haría pregonar que los barceloneses eran buenos, y leales y fieles vasallos, y que por tales los tenía y reputaba; debiendo jurarse todo esto, no solo por el rey, sino tambien por el príncipe y por los prelados y barones de los tres reinos. Tal era el deseo de reposo y de paz que el rey tenía, y tan dispuesto estaba ya su ánimo á la clemencia, que suscribió á todas estas humillantes condiciones, teniendo, como tenía ya, el triunfo en su mano, y reducidos los insurrectos al mayor grado y extremo de miseria: con lo cual quedó concertada la entrega de la ciudad y la entrada del rey. Rehusó el anciano monarca hacer su entrada en un carro triunfal que le tenían preparado, y prefirió hacerla montado en su blanco corcel de batalla, en el cual pasó las calles principales, satisfecho con el buen recibimien-

(1) «Y sea, concluía la carta, Nuestro Señor Dios juez entre nos y vosotros, que nos forzáis á hacer aquello que no queremos, como nuestro ánimo sea del todo inclinado á usar de clemencia con vosotros y con esa ciudad. Dada en Pedralbes á 6 de octubre de 1472.»

to que le hicieron, pero contemplando con dolor y lástima los pálidos y macilentos rostros de aquella gente tan valerosa como tenaz, extenuada por el hambre y la miseria. Seguidamente se dirigió al salón del palacio, donde juró y confirmó solemnemente (22 de diciembre, 1472) los usajes, fueros y constituciones de Cataluña (2).

Así terminó, sin efusión de sangre, la larga y desastrosa guerra civil, que por mas de diez años habia estado asolando aquella rica porción de la corona aragonesa, ocasionada por el desamor y la injusticia de un padre hacia su hijo, y sostenida por el carácter duro y tenaz de los catalanes.

Léjos de entregarse don Juan II al reposo, como parecía deber esperarse despues de las fatigas de una lucha tan prolongada, y de sus setenta y cinco años pasados en una vida de continua inquietud y agitación, apenas descansó una semana en Barcelona, puesto que el séptimo día salió ya de aquella ciudad para emprender otra nueva campaña. Tenía esta por objeto recobrar los condados de Cerdeña y Rosellon, de que el rey Luis XI de Francia con su acostumbrada perfidia se habia ido apoderando en premio de una alianza equívoca, y so pretexto de haberle sido empeñadas las rentas de aquellos dos condados para el pago de cierto número de lanzas. Asombrados dejó á todos la vigorosa resolución con que el anciano monarca aragonés marchó á la cabeza de su ejército camino del Rosellon en lo mas áspero y crudo del invierno. El rey Luis se habia visto precisado á sacar una parte de sus guarniciones de Cerdeña para hacer frente á la Inglaterra y la Borgoña con quienes estaba en guerra, y los habitantes del país deseaban verse libres del yugo de la Francia. Con estas disposiciones, y á vista de la animosa decisión del rey don Juan levantáronse las ciudades de Perpiñan y Elna proclamando á su antiguo soberano, y los soldados franceses de Perpiñan hubieran sido tal vez degollados si no se hubieran refugiado al castillo. De modo que en el breve espacio de un mes se encontró el rey don Juan dueño de casi todo el Rosellon, no quedando en poder de los franceses sino el castillo de Perpiñan, Salces, Colibres y alguna otra poblacion y fortaleza (febrero, 1473). No se adornó el aragonés con un triunfo á tan poca costa conseguido, y en vez de fiarse en la victoria se preparó á hacer rostro á todas las eventualidades, porque conocía al rey de Francia, y suponía que no habia de dejar de disputarle la posesión de aquellas ricas y codiciadas provincias.

En efecto, no solo pensaba el francés enviar refuerzos al Rosellon, sino que como hubiese fallecido el conde Gaston de Foix en Navarra y quedado el gobierno de aquel reino en manos de la condesa doña Leonor, pretendía Luis XI de esta princesa, con vivas instancias y grandes ofrecimientos, que le entregase algunas fortalezas y permitiese á sus tropas el paso por aquel reino con color de enviarlas á Castilla, pero en realidad con el fin de tener por allí entrada libre y segura para Aragon, á lo cual contestaba la condesa viuda excusándose con que los alcaides de aquellas fortalezas habian hecho homenaje al rey su padre, y que ella no era sino lugarteniente suyo. Mientras esto intentaba por Navarra, enviaba al Rosellon un ejército de treinta mil hombres al mando de Felipe de Saboya, el cual despues de tomar algunos castillos acampó bajo los muros de Perpiñan. Aconsejaban todos al rey que no pusiese su persona en edad tan avanzada á los peligros de un cerco y contra ejército tan poderoso, y mas teniendo los enemigos el castillo dentro de la ciudad misma. Pero el rey don Juan, cuyo temple de alma parecía que se vigorizaba en vez de templarse con los años, congregó el pueblo en la iglesia mayor, y á presencia de todos juró sobre el altar que no los desampararía hasta verlos libres del cerco, y que antes se sepultaría bajo las ruinas de la ciudad que rendirla al enemigo. Provisos los franceses de numerosas piezas de artillería, comenzaron á batir furiosamente la poblacion. Era de ver al anciano monarca recorrer é inspeccionar los puestos de día y de noche, animando á todos con su ejemplo y sus palabras,

(2) Luc. Marin. Sicul. Cosas memorables, f. 144-147.—Abarca, Reyes de Aragon, tom. II, Rey XXIX, c. 29.—Zurita, Anales, lib. XVIII, capítulo 44. Alonso de Palencia, Crón. part. II.

y hallándose presente en todas partes. Una mina que habian hecho los sitiadores fué descubierta por el rey mismo, que acudiendo á aquel punto con cuatrocientos soldados hizo degollar á todos los que habian penetrado por ella. Nunca, sin embargo, en su larga vida de combates se habia visto el rey en tanto peligro, expuesto á perder con una ciudad todos sus reinos. Mas la noticia de la comprometida situación del monarca despertó la antigua lealtad aragonesa, y los de este reino le enviaron un refuerzo á las órdenes del arzobispo de Zaragoza. Los catalanes y valencianos no correspondieron menos á lo que el caso y el espíritu patrio exigían, y avisado el infante don Fernando acudió presuroso con algunos caballeros castellanos en auxilio de su padre, presentándose con la celeridad del rayo en Barcelona y en las montañas del Pirineo, donde le detuvo el aviso de su padre de que los enemigos habian levantado el campo (junio, 1473), diezados por las enfermedades y por los aceros aragoneses (1).

Pidió Felipe de Saboya, como lugarteniente general de Luis XI en Rosellon y Cerdeña, una tregua al rey de Aragon, que le otorgó á nombre suyo y con su poder el conde de Prades por tres meses. Con esto el infante don Fernando licenció su gente; pero el rey don Juan, que conocía perfectamente el carácter artero y doble del monarca francés, no quiso abandonar el Rosellon, ni estar desapercibido para todo lo que sobreviniera pudiese. No se engañó el previsor monarca. Tan luego como los franceses vieron retirarse las tropas aragonesas y castellanas volvieron sobre Perpiñan á poco de firmarse la tregua; pero la actitud del rey, las órdenes que expidió al infante don Fernando y á sus dos hijos naturales don Juan y don Alfonso, y las medidas adoptadas por todos obligaron otra vez á los franceses á levantar el cerco y retirarse á Languedoc. La continuación y el exceso de las fatigas afectaron la salud del rey en términos que se temió por su vida; pero ni las instancias de sus hijos, ni los consejos de los médicos, fueron suficientes á hacerle salir de una poblacion que habia jurado defender personalmente, y por la cual temía faltando su presencia. Afortunadamente su robusto temperamento venció la enfermedad. Y como Luis XI de Francia necesitase emplear en otra parte las tropas que sin resultado ni fruto tenia ocupadas en Rosellon, movió tratos de concordia con el monarca aragonés por medio de don Pedro de Rocaberti: conveniale tambien á don Juan asegurar la posesión de aquellos condados, y despues de muchas pláticas y negociaciones, en que se reveló toda la sagacidad política de Luis XI, se ajustó entre ambos reyes un tratado, por el cual el de Aragon conservaba el señorío de los dos condados, pagando al francés trescientas mil coronas por el sueldo de la gente con que le habia asistido para la guerra de Cataluña. Con esto, despues de confirmar á la ciudad de Perpiñan sus antiguos privilegios, determinó el rey volverse á Barcelona (octubre, 1473).

Esta vez, á ruego del consejo de gobierno, hizo el rey su entrada pública en Barcelona con magnífica pompa y aparato. En un carro triunfal cubierto de terciopelo carmesí bordado de oro y tirado por cuatro caballos blancos, iba el anciano monarca sentado en su silla real debajo de un palio. A sus lados marchaban los embajadores, los consejeros, y los principales caballeros y barones catalanes. El clero le recibió en procesion, el rey adoró la cruz, y seguidamente le hicieron reverencia todas las corporaciones y cofradías de la ciudad: tanto habia cambiado el espíritu de aquella poblacion en favor de un monarca, á quien tantas veces y con tanta constancia habia antes rechazado.

Convocadas córtés y reclamado su apoyo y cooperacion para el pago de la fianza de los dos condados, no le era fácil al país, agotado por tan largas guerras, aprontar el enorme subsidio de las trescientas mil coronas. En esta situación, desconfiando siempre don Juan de la buena fe del rey Luis, le envió una embajada so pretexto y color de negociar el matrimonio del delfín de Francia con su nieta la infanta doña Isabel de Castilla, hija del príncipe don Fernando (febrero, 1474). La embajada era numerosa, suntuosa y brillante. Pero Luis XI, á quien el aragonés con toda su experiencia no aventajaba en astucia, entretuvo

(1) Zurita, Anal. lib. XVIII, c. 48 al 55.

á los embajadores en París con grandes agasajos y continuados festejos sin darles respuesta, aguardando ocasion de prepararse á obrar; y cuando los enviados de Aragon, conociendo que se les burlaba, trataron de retirarse, entonces el francés arrojó la máscara y los retuvo prisioneros en Mompeller. El objeto de aquel entretenimiento y de esta detención mostróle bien pronto un ejército de diez mil infantes y novecientas lanzas que invadió de nuevo el Rosellon. Elna se rindió á las armas de Francia despues de una resistencia vigorosa, y por tercera vez se pusieron los franceses sobre Perpiñan, apoyados por una flota genovesa. No faltaban ánimos al anciano don Juan para acudir á la defensa de aquella leal ciudad y de todo el condado; tanto que, agotados los recursos del tesoro, vendió su manto de armiño, y con diez y seis mil florines que le prestó además uno de sus barones se puso en marcha para el Ampurdan. Todo contrariaba esta vez los impulsos del rey de Aragon. Los de Inglaterra y Borgoña, cuyo apoyo habia reclamado, no le dieron sino vanas promesas. Insignificantes fueron los subsidios que le votaron las córtés aragonesas. El rey de Castilla Enrique IV habia muerto, y los negocios de este reino le privaron de la presencia y cooperacion personal del infante don Fernando su hijo, que tan útil y eficaz le habia sido en otras ocasiones. La bizarra guarnición de Perpiñan se defendió briosa y heroicamente, pero reducida á la mayor extremidad por los estragos del hambre, despues de haber apurado para alimentarse hasta los animales inmundos, y hasta los mismos cadáveres (2), se vió prevenida á capitular, con condiciones nada ventajosas para los vencidos (14 de marzo, 1475).

Luis XI, exasperado con la larga y tenaz resistencia que le habian opuesto los de Perpiñan, y con las grandes pérdidas que habia sufrido su ejército en un país que se llamaba *el cementerio de los franceses*, ordenó á sus generales que á fuerza de vejaciones y malos tratamientos obligaran á sus moradores á abandonar la ciudad, y les confiscaran sus bienes (3). Todavía sin embargo se ajustó á fines del año una tregua entre los dos monarcas de Francia y de Aragon, que habia de durar desde noviembre de 1475 hasta julio de 1476, lo cual no fué obstáculo para que el francés, poco escrupuloso siempre en la observancia de los tratados, rompiera de nuevo á los tres meses las hostilidades, y no se asentó paz definitiva hasta 1478.

Mas como esta lucha, así como otros sucesos de Aragon en los últimos años de este reinado, se complica ya con las dificultades que el príncipe don Fernando y la reina doña Isabel de Castilla tuvieron que vencer para afianzar en sus manos el cetro de este reino, haremos allí la mención correspondiente de estos acontecimientos; y diremos por conclusion con un historiador erudito, que el rey don Juan II no vió cesar la guerra y la discordia en sus vastos Estados; una parte de las fuerzas de su reino se distraía en Cerdeña con motivo de la rebelion que allí sostenía el marqués de Oristan: Navarra continuaba devorada por los antiguos é implacables bandos de biamonteses y agramonteses; y Luis XI de Francia, con los ojos fijos sobre aquel reino, atizaba las discordias con ánimo de convertirlas en provecho propio.

Al fin le llegó á don Juan II de Aragon la hora de descansar de las fatigas de un largo y proceloso reinado de 54 años, y á los 82 de su edad falleció en el palacio episcopal de Barcelona (19 de enero, 1479), mas de consunción y de vejez que de enfermedad, sin haberle desamparado un momento el ánimo, ni entibiándosele nunca su alma de fuego. Este célebre monarca, cuya cabeza llegó á ceñir hasta siete coronas, murió tan pobre, que para hacerle el entierro y las exequias fúnebres hubo que vender el oro y la plata de su recámara, y para socorrer á los criados de su casa fué menester empeñar las demás joyas por la cantidad de diez mil florines, y hasta el toison de

(2) Cítase entre otras pruebas horriblemente heroicas de la decisión de aquellos habitantes, el ejemplo de una mujer que tenía dos hijos, y habiendo muerto uno de ellos de hambre, alimentó con él al otro que le quedaba. La guarnición se habia reducido á cuatrocientos hombres escasos.—Zurita, lib. XIX, c. 20.

(3) Las cartas de Luis XI, relativas á este asunto, se pueden ver en M. de Barante, Hist. de los duques de Borgoña.

oro que ordinariamente llevaba como hermano de aquella orden del duque de Borgoña (1). El día antes de morir otorgó un codicilo, en que ratificaba el testamento hecho en Zaragoza en 1469, y escribió á su hijo y sucesor don Fernando una muy sabia y cristiana carta, en que le daba los mas sanos y juiciosos consejos sobre el modo de regir y gobernar en justicia los reinos que estaba llamado á heredar.

Tuvo don Juan II de Aragon tres épocas distintas en su vida; una en que como infante de Aragon fué un vasallo revoltoso del rey de Castilla, otra en que como rey de Navarra fué un padre desnaturalizado é injusto, y la postrera en que como rey de Aragon fué un gran monarca como político y como guerrero, que no habia tenido igual desde don Jaime el Conquistador, que en el gabinete y en los campos de batalla supo medirse con Luis XI de Francia, el gran político de su época, que conservó el vigor de la juventud hasta la edad decrepita, faltándole el valor, la intrepidez y la constancia solo cuando le faltó el aliento. Solamente una pasión humana no pudo dominar nunca, y se mantuvo viva en su pecho á pesar del hielo de los años, la pasión del amor, que en su edad octogenaria le dió una ruidosa celebridad en aquel tiempo (2).

La corona de Navarra recayó en doña Leonor, condesa de Foix, última hija del primer matrimonio del rey don Juan, conforme al tratado de Olite, la cual comenzó á tomar los títulos mas pomposos que importantes de «reina de Navarra, duquesa de Nemours, Gandia, Montblanch y Peñafiel, condesa de Foix, señora de Bearne, condesa de Bigorra y Ribagorza, y señora de la ciudad de Balaguer.» Pero la divina justicia no permitió que gozara mucho tiempo de las delicias del reinar la que habia buscado el cetro por el camino del crimen; la delincuente enemiga de sus hermanos don Carlos y doña Blanca no tuvo mas que el plazo de un mes para subir al trono y descender á la tumba, y los lúgubres cantos de sus exequias funerales casi se confundieron con el alegre bullicio de las fiestas de su coronación. A su muerte sucedió en el reino de Navarra su nieto Francisco Febo ó Phebus, hijo del difunto Gaston de Foix y de la hermana de Luis XI. De esta manera el pequeño reino de Navarra, destrozado siempre por las dos enconadas facciones de biamonteses y agramonteses, y expuesto á ser absorbido por uno de sus poderosos vecinos, Fernando de Aragon ó Luis XI de Francia, vino á hallarse en manos de un niño y bajo la tutela de una mujer, para ser por algun tiempo, mas que reino independiente, manzana de discordia entre monarcas ambiciosos y rivales (3).

(1) Zurita, Anal. lib. XX, c. 27.

(2) Sus amores en los postreros días de su vida con una doncella catalana, llamada Francisca Rosa, fueron muy divulgados, dice Zurita, y se hicieron aun mas famosos que los del rey don Alfonso V su hermano con Lucrecia de Alañó.

Tuvo don Juan II de Aragon de su primera esposa doña Blanca de Navarra, tres hijos, don Carlos, príncipe de Viana, doña Blanca, que murió envenenada, y doña Leonor, condesa de Foix, que le sucedió en el reino de Navarra: de su segunda mujer doña Juana Enriquez de Castilla, tuvo á don Fernando (el rey Católico), á doña Leonor y doña María, que murieron niñas, y á doña Juana, que casó con don Galceran de Requesens, conde de Trevinto y de Avellino.

Fuera de matrimonio tuvo varios hijos naturales de diferentes mancebas. De doña Leonor de Escobar le nació don Alfonso de Aragon, que gozó injustamente por algun tiempo el maestrazgo de Calatrava. De una señora castellana, llamada doña N. Avellaneda, tuvo á don Juan, que fué arzobispo de Zaragoza, y de otra manceba natural de Navarra, de la familia de los Anzas, le nacieron tres hijos, que fueron don Fernando y doña María, que murieron niños, y doña Leonor de Aragon, que casó en 1468 con Luis de Beaumont ó Beaumont, conde de Lerin y condestable de Navarra.—Bofarull, Condes de Barcelona, tom. II, p. 329.

(3) De don Juan II de Aragon se decia en Navarra que habia querido este reino como propio y le habia tratado como ajeno. Murmurábasele de pródigo para con sus favorecidos, y de esta prodigalidad dicen que nació en Navarra el proverbio de: *Ya se murió el rey don Juan*, que se solia emplear para desengaño de los ambiciosos.—Yanguas, Historia de Navarra, p. 340.

CAPÍTULO XXX

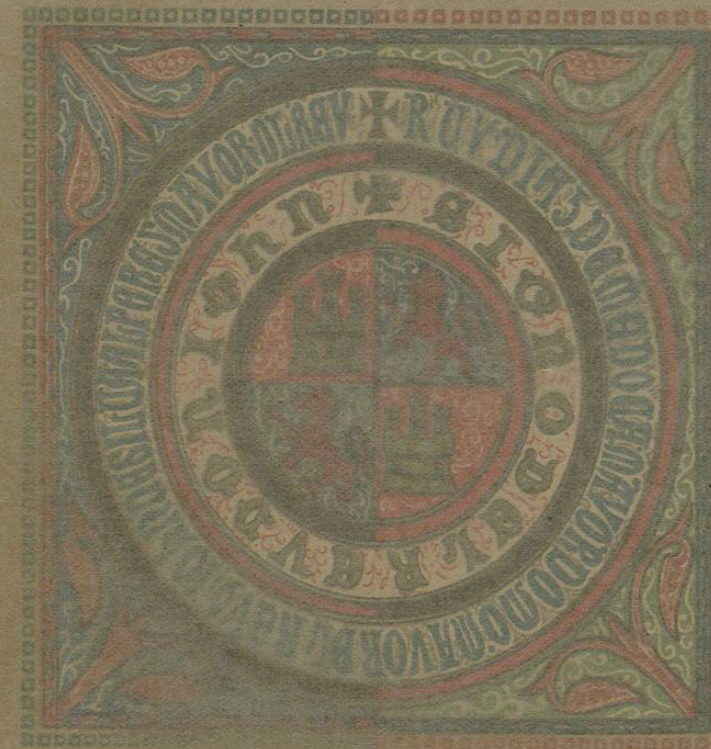
Enrique IV (el Impotente) en Castilla

DE 1454 Á 1475

Sus primeros actos.—Rasgos de clemencia.—Paz con el rey de Navarra.—Pomposas, pero ineficaces campañas contra los moros: muestras de debilidad en el rey: disgusto de los capitanes.—Matrimonio del rey con doña Juana de Portugal.—Amores de don Enrique con una dama de la corte.—La reina y don Beltran de la Cueva.—Paso de armas de Madrid. Conducta del rey: resentimiento de los grandes.—Don Juan Pacheco, marqués de Villena; don Alfonso Carrillo, arzobispo de Toledo.—Confederacion de los grandes contra el rey.—Ofrecenle los catalanes la corona del principado: el rey los abandona.—Vistas de Enrique IV de Castilla y Luis XI de Francia; circunstancias notables: tratado del Bidasoa: enojo y resolucion de los catalanes.—Nacimiento de la princesa doña Juana: por qué la denominaron la *Beltraneja*.—Favor y engrandecimiento de don Beltran de la Cueva.—Audacia de los magnates: atentados contra el rey: peligros de este: farsa política del marqués de Villena.—Manifiesto de los conjurados al rey: debilidad de Enrique: transacciones: junta en Medina del Campo: célebre sentencia.—Afrentosa ceremonia de destronamiento del rey en Avila: proclamacion del príncipe don Alfonso: bandos: dos reyes en Castilla: guerra civil: escena dramática y burlesca en Simancas.—Proyecto de casar á la princesa Isabel con el maestre de Calatrava: muerte repentina de este.—Batalla de Olmedo entre los dos reyes hermanos.—Fallecimiento del príncipe-rey don Alfonso.—Los confederados ofrecen la corona á Isabel: no la admite.—Isabel es reconocida heredera del reino: vistas y tratado de los Toros de Guisando.—Pretendientes á la mano de la princesa Isabel: decídese ella por don Fernando de Aragon.—Dificultades que se oponen á este matrimonio: cómo se fueron venciendo: interesante situacion de los dos novios: realizase el enlace.—Enojo del rey y de los partidarios de la Beltraneja.—Revoca don Enrique el tratado de los Toros de Guisando, y deshereda á Isabel.—Conducta de esta y de Fernando su esposo.—Reconciliacion del rey y los príncipes.—Túrbase de nuevo la concordia.—Muerte de don Juan Pacheco, gran maestre de Santiago.—Muerte de don Enrique.—Carácter de este monarca.

La situación poco lisonjera en que don Juan II de Castilla habia dejado el reino á su muerte (21 de junio, 1454) hizo que se proclamara con gusto, y hasta con entusiasmo en Valladolid á su hijo don Enrique, cuarto de los monarcas castellanos de este nombre; así por la esperanza de mejorar de condicion que suelen concebir los pueblos cuando despues de un reinado turbulento y desastroso ven pasar el cetro á otras manos, como por el carácter afable, franco y benigno del nuevo rey. A inexperiencia de la edad y á debilidades de la juventud atribuian ó se hacian la ilusion de atribuir sus anteriores faltas los que se acordaban de las rebeliones de don Enrique contra su padre, de su conducta con doña Blanca de Navarra su esposa, y de otros desfavorables antecedentes de su vida cuando era solo príncipe primogénito. Veremos si se equivocaron los que esperaban un porvenir mas risueño, fundados en la índole y cualidades del nuevo monarca.

Sus primeros actos no desmintieron aquellas esperanzas. Espontáneamente y por un rasgo de benignidad y de clemencia mandó sacar de la prision á los condes de Alba y de Treviño y á otros caballeros que se hallaban presos por las anteriores rebeliones, y que les fuesen restituidas sus tierras y bienes. Confirmó en sus empleos á los oficiales de su padre; renovó la antigua amistad de Castilla con Carlos VII de Francia, que acababa de libertar aquel reino del yugo de la Inglaterra, y llevó á cabo los tratos de paz que su padre habia dejado pendientes con el rey don Juan de Navarra. Concertóse esta paz por mediacion de su tía la reina de Aragon, esposa de Alfonso V, interviniendo tambien el Justicia de Aragon, el almirante don Fadrique y el marqués de Villena, mayordomo mayor del rey. Por este convenio el rey don Juan de Navarra, su hijo natural don Alfonso, que se decia maestre de Calatrava, el infante de Aragon don Enrique su hermano, todos renunciaban las villas, fortalezas y lugares que tenian en Castilla, manantial perenne de las revueltas y disturbios entre los soberanos y príncipes de los tres reinos que largamente hemos referido, recibiendo en cambio algunos cuentos de maravedís anuales por juro de heredad sobre las ciudades y rentas de la corona castellana. Exceptuábase de esta renuncia la fuerte villa de Atienza, por pertenecer á la dote de la



FACSIMILES DE SIGNOS RODADOS.

1—Signo de D. Pedro I. — 2—Signo de D. Juan II. — 3—Signo de D. Enrique IV.